

# ¿Seguirán sin entender?

Por Jaime Guzmán

El impacto de la violencia extremista desatada en el Parque O'Higgins en la misa oficiada por Juan Pablo II, sigue despertando comentarios.



Como lo señalé esa misma noche en un programa de televisión, los grupos violentistas que allí actuaron no lo hicieron por inconsciencia o inmadurez.

En efecto, el país fue testigo de la larga campaña de los sectores marxistas para evitar que el Papa viniera a Chile. Consumado ya dicho viaje, su estrategia apuntó a presionar al Santo Padre para que hiciera y dijera lo que ellos querían.

En esta línea, el marxismo encontró un buen aliado en sectores eclesiásticos (incluidos varios de los sacerdotes organizadores y protagonistas de los actos oficiales de la visita papal en Santiago), que también intentaron instrumentalizarla políticamente. Los "testimonios" unilaterales y agresivos de La Bandera y del Estadio Nacional, unidos a las inaceptables manifestaciones registradas en su desarrollo, responden a dicha coincidencia eclesiástico-marxista.

Fracasadas esas nuevas maniobras ante la sublime superioridad de Juan Pablo II para demostrar que nada lo apartaría de su misión evangelizadora, el marxismo decidió dar un paso más. Y entonces sucedió lo del Parque O'Higgins.

Fue la profanación de la Eucaristía, la ofensa directa al Papa y el ataque físico a los fieles ca-

tólicos que celebraban la beatificación de la primera santa chilena.

Lógicamente, allí se produjo la condena indignada de la ciudadanía y la enérgica reacción de la jerarquía eclesiástica.

Sin embargo, lo ocurrido permitió constatar al marxismo en su verdadero rostro. Cuando para lograr sus fines él puede valerse de elementos eclesiásticos, aparenta respeto a la religión. Pero si ello no le resulta suficiente, emerge su ateísmo militante y antirreligioso, esencial a la doctrina de Marx, Engels y Lenin. Ese que persigue a la Iglesia y niega libertad de cultos en todos los países comunistas del mundo.

El MDP, cuyo eje es el Partido Comunista, al negar su evidente autoría de los hechos sólo reafirma su fidelidad a la cínica simulación que enseña Lenin.

¿Comprenderán ahora los eclesiásticos que impulsan o admiten concommitancias cristiano-marxistas, cuál es el destino último de su conducta?

¿Entenderá el Partido Demócrata Cristiano que el marxismo jamás será conciliable con la democracia, porque aun si declarase abandonar la "vía violenta", ello sólo sería algo táctico y -sobre todo- porque sus fines son intrínsecamente totalitarios?

Por desgracia, las primeras reacciones de los sacerdotes en cuestión y de la dirigencia demócratacristiana demuestran que persisten en no captar el fondo del problema.